

Ante los desafíos del tránsito de época: una Iglesia para vivir

Carlos Castillo M.

Estamos en una ocasión para el cristianismo con vocación de movimiento mesiánico, como fue el movimiento de Jesús. Una ocasión difícil y dura, como ha quedado entrevisto en las mismas denuncias de la nueva sensibilidad religiosa. José Ma. Mardones¹

En estas líneas quisiera expresar lo que siento como cristiano y como sacerdote acerca de lo que ha de ir siendo nuestra Iglesia Católica en los tiempos que vienen. Es una reflexión teniendo en cuenta muchas experiencias personales, lecturas y reflexiones de otros. No es un intento acabado. Más bien es punto de partida para conversar y reflexionar más a fondo. Si me asiste la convicción de que estamos en un momento muy similar al que vivió nuestro Señor Jesús de Nazaret, así que intento ayudarme de la luz de su entrega en medio de su tiempo.

La Iglesia está desafiada por un mundo que ha ido alcanzando niveles extremos de autonomía. La llamada modernización nos

¹ Mardones, J. M. *A dónde va la religión, cristianismo y religiosidad en nuestro tiempo*, Santander 1996, p. 64.

presenta este mundo como basado en sí mismo, e incluso osa afirmar que no requiere de principio ninguno, a diferencia de las justificaciones racionalistas de la primera modernidad².

Este mundo, así autónomo, ha generalizado para todos los ámbitos de la vida la experiencia de la crisis, no porque las realidades carezcan de consistencia propia sino porque la arbitrariedad implantada como principio las va desnaturalizando, recomponiendo y diseminando. Cinco crisis son en ese sentido las más importantes: la crisis económica, la crisis ecológica, la crisis de la subjetividad, la crisis cultural y la crisis religiosa. Cinco crisis que nos desafían como Iglesia porque tocan directamente a los seres humanos a quienes nos dirigimos.

I. Desafíos de nuestro mundo global

La Crisis económica

La crisis económica se ha plantado como realidad permanente, y ello presupone que cada ser humano está para arreglárselas como puede, sin amparo ni defensa, en un juego libre que es preciso generalizar para que el sistema resulte. Desde luego que esto es importante y cuestiona el mundo burocrático de paternalismo estatal. Pero a su vez, abre el problema grave de la desventaja de los débiles en la competencia respecto de los fuertes. Eso que se ha dado en llamar "exclusión" es lo que sucede con los millones de pobres que no tendrán acceso a las posibilidades del avance tecnológico.

Y este es un primer desafío para la Iglesia, ya recordado y aceptado por Juan Pablo II en la *Centesimus Annus*. Estamos invitados a tomar la posta en la orientación de los sectores populares y hacernos la voz de los excluidos abriendo un "vasto y fecundo campo de acción y

² Barcelona, P. *Postmodernidad y sociedad*, Madrid, 1992, p. 18.

de lucha³. Esta lucha se entiende sobre todo como un intento de abrir un sistema cerrado, y sobre todo abrirlo en el terreno del acceso a la cultura y al conocimiento, que se han ido colocando como los instrumentos indispensables para sobrevivir⁴.

En efecto, la situación económica del mundo está marcada por una tendencia a la escasez de los recursos⁵, producto de una economía industrial intensiva que generó masivamente medios de vida, pero que ha destruido la calidad de los mismos. De este modo, la demanda de calidad ha crecido, pero esta lejos de ser satisfecha, dado que cada vez son menos los productos que la poseen. Para que haya medios de vida no sólo suficientes sino adecuados se requiere hoy del concurso de la ciencia, que empieza a ejercer un papel inverso al que ejerció en la fase industrial: depurar en vez de depredar. Esto hace más cara la vida, porque todo requiere, y cada vez más, de conocimiento y porque el valor del conocimiento no se puede medir, quedando al libre albedrío del que lo produce. Por ello los pobres, que no pueden acceder al conocimiento para vivir son las principales víctimas, aunque, es verdad, no por explotación sino por simple exclusión.

La Iglesia ha tomado en mano este desafío pero no opone un sistema al actual, sino que basada en las ventanas abiertas por este mismo sistema propone una presencia en él desde la perspectiva cristiana de la opción por los pobres⁶. Y esa ventana está dada por el hecho irreversible de que los bienes para la vida se van a poder conseguir cada vez más por medio del trabajo de la mente, y del conocimiento científico. Se propone por ello luchar con los pobres por

³ CA. 35.

⁴ Id. 36

⁵ Sakaiya T. *La historia del futuro, la sociedad de conocimiento*, México, 1994, p. 137-145.

⁶ "Una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa, y en la participación". Cfr. CA. 35.

hacerlos acceder a mejores posibilidades de educación, formación y manejo efectivo del conocimiento.

Y quienes están a la búsqueda de este acceso son justamente los mismos pobres. Basta ver esto en la inquietud de los jóvenes por estudiar y reubicarse en el mundo de la empresa y de la tecnología. Se da en forma ciertamente individual y empresarial. Pero he allí el desafío: acompañar a una nueva generación de pobres a encontrar sus formas de vida cristiana al interior de sus intentos.

Aquí surge un problema, la relativa lejanía y cercanía que como Iglesia tenemos respecto de esta particular búsqueda de los pobres, especialmente los jóvenes. Nos hemos acostumbrado a fieles menos dinámicos y menos modernos. La juventud actual es sumamente flexible, pragmática, utilitaria e inmedatista. Esta marcada por una mentalidad de sobrevivencia que ajusta al interés individual todo valor y toda fe. Es partidaria de una experiencia religiosa más vital, sentimental, espiritual y ritual que conceptual y racional. La lejanía que como Iglesia a veces manifestamos viene de los moldes un tanto rígidos y, a veces, moralistas que se quisieran implantar a esa juventud: modelos de ser cristianos propios de una mentalidad de cristiandad o de una mentalidad liberadora de los años 70.

La cercanía cae, a su vez, de una mentalidad *"light"* que hace seguidismo a las iniciativas de los pobres, especialmente jóvenes, aportándoles muy poco. En efecto, a veces, se disuelve el mensaje cristiano en un puro dejar que los jóvenes, y en general, la gente, lo descubran todo.

La crisis económica que genera un tipo de pobre inestable y en constante movimiento creativo por acceder a los medios de conocimientos nos desafía a una nueva comprensión del sujeto mayoritario en la humanidad, y a abrir un nuevo compromiso con él. Sujeto pragmático que proponer la disolución de toda norma en base a sus justos intereses, pero que requiere de orientación cercana, que

recoja lo mejor del pasado, oscilante entre lo tradicional y lo liberador, pero que considere el nuevo y difícil contexto en que se mueve.

La crisis ecológica

Este desafío va aparejado con el anterior porque la humanidad, incluida la humanidad pobre del mundo, ha mantenido un trato con la naturaleza que ha llegado a extremos definitivos. La Iglesia está tomando este desafío en parte, pero falta aún mucho por recorrer en el papel que ha de cumplir.

Es ya un lugar común decir que la crisis ecológica es debida al desarrollo tecnológico del capitalismo liberal y neoliberal. Y esto es verdad porque las causas mayores de depredación se encuentran en la enorme proporción de productos químicos arrojados sin medida ni racionalidad ninguna sobre la tierra y el cielo. Los pobres entran aquí también porque faltos de la abundancia que la industria creó para unos pocos, buscaron emplear los recursos de la naturaleza anárquicamente y en forma directa. En ambos casos, unos por góce y otros por sobrevivencia, han contribuido a la aniquilación de zonas y especies enteras.

El problema planteado por la crisis ecológica es el de la sobrevivencia de la humanidad sobre el planeta⁷. Y su solución va a presuponer un cambio radical en la mentalidad acerca de ella. En los años que van del 60 al 80 no sólo se produjo abundantemente y se desperdició sino que la mentalidad que asesoró esta actitud se basaba en el principio: el mundo es ilimitado.

Cuando se piensa así, ricos y pobres se complementan. Los ricos gastan todo lo que pueden y los pobres buscan la justicia como repartición de esa misma riqueza tan abundante. En ambos casos se parte de la misma idea. Esto ha dado sustento al capitalismo del

⁷ Cfr. Lacroix, M. *El humanicidio, ensayo de una moral planetaria*, Santander, 1995.

"american way of life" y al socialismo del estado colectivo repartidor (y a su réplica el estado benefactor).

Pues bien, parece ser que en estos años se ha gastado casi todo lo que necesitaban las generaciones futuras, y eso ha ido generando con más fuerza la conciencia de que los recursos del planeta son muy limitados. De allí que la crisis ecológica nos ponen ante una vasta sociedad de escasez, la cual no sólo es falta de recursos sino existencia de recursos depredados que requieren un amplio y preciso proceso de purificación. Esto se puede denominar: exigencia de regenerar la naturaleza.

Estamos por ello ante un mundo de escasez, limitado y exigido de regeneración. Un mundo así sitúa al ser humano ante una consideración diferente del mundo y también a la Iglesia. De allí que hemos pasado de una cultura del derroche a una cultura del ahorro. Aunque actualmente la aparente abundancia de productos de las ciudades hace pensar que estamos en la abundancia, no es así. Los desiertos están en galopante crecimiento, las fuentes de energía se agotan y no se pueden descubrir otras baratas para la manutención del mundo que tenemos, las poblaciones migran hacia donde hay recursos y abandonan las zonas de pobreza. Lo más probable es lo que T. Sakaiya llama un viraje fundamental en el modo de vida vigente⁸.

La misma tecnología expresa este viraje. No hay que ver el desarrollo tecnológico sólo como la expresión de una voluntad de dominio que busca la abundancia y el goce. Los estudiosos admiten que hay un cambio fundamental ocurrido también en la perspectiva con que surge la tecnología: se pasa de la tecnología fuerte y pesada a la tecnología débil, flexible, inteligente y limitada. La electrónica o la biotecnología están siendo actualmente substitutivos de la tecnología pesada de antaño, y son indicio de que ya no se pretende producir en

⁸ Op. cit. p. 143.

masa⁹. Son una manifestación inconsciente de que el mundo es limitado y que requiere de cuidados. Se trata de una tecnología desdegradadora, purificadora, menos contaminante. Ella presupone además un distinto concepto de lo que es la ciencia, no la incursión en un campo ilimitado sino limitado, y por tanto una ciencia más autocrítica de sus supuestos, a pesar de que en muchos casos la mentalidad de investigar de algunos científicos los conduzca a meterse en este mundo limitado con la mentalidad “farmer” de los 70 (caso de la manipulación del genoma humano).

La Iglesia ante esta crisis ecológica ya está desafiada y ha ido tomando posición distinguiéndose de dos extremos: el retorno a la naturaleza con la consiguiente condena de la ciencia o la indiferencia al proceso científico manteniéndose como entidad exclusivamente religiosa. Son numerosas las declaraciones, la Iglesia para nada aparece como indiferente, se ha acabado definitivamente la época de la distinción de planos en que se podía generar una cierta neutralidad. Hoy el llamado a defender la vida, desde la vida por nacer hasta la vida de los hambrientos, así como la vida de la creación animal y vegetal, ha sido enarbolado con claridad.

Sin embargo se está ante la posibilidad de una nueva condena extrema de la ciencia y de sus investigaciones por el grado de incursión que han hecho algunos científicos -desgraciadamente cada vez más- experimentando y manipulando las bases mismas de la vida. Desafío grande es el labrar un acompañamiento crítico al proceso de descubrimiento y creación científica.

La crisis de la subjetividad

Pero ha ocurrido algo muy común y patente a la vista de todos. Hoy las personas de la gente común, están en crisis psíquica y social.

⁹ Id. p. 146.

Eso es lo que se ha dado en llamar crisis de la subjetividad personal y crisis de la subjetividad social.

Los seres humanos con los que contó la iglesia para abrirse a las tareas de compromiso social de los años 70 eran más sanos psíquicamente que los de la actualidad. De esa manera si hoy se propiciara el cambio social con la misma persistencia de aquellos años - ¡y cómo no promoverlo con tanta pobreza!- o se tendrían pocos seguidores, o tendríamos que preguntarnos acerca de sus motivaciones para hacerlo, puesto que resulta tremendamente extraño. Y es que se ha hecho lugar común que de la mente estemos más tocados en estos tiempos. La subjetividad personal se encuentra encerrada en un extremo narcisismo sin horizontes, fragmentada en todas sus partes, sin referentes claros, incierta. Por eso se le ha llamado a este tiempo "tiempo de subjetividad"¹⁰, en el que las personas cultivan sin medida su propio jardín y recurren cada vez más a medios inadecuados para salir de sí mismas. Y es que mientras la generación de los 70 luchó contra referentes rígidos establecidos, hoy las nuevas generaciones luchan contra la carencia de referentes, buscan un orden, un padre y una ley que nunca tuvieron¹¹. Por esa misma razón, las generaciones de hace treinta años buscaban el compromiso social y ahora las nuevas buscan la afirmación personal, condición central para sólo después encontrar el paso a lo social y político.

La recomposición del sujeto humano disgregado y desintegrado, es decir, la regeneración personal del sujeto individual a través de una personalidad sólida y creativa parece la principal urgencia de esta época y ello requerirá de un cambio cultural que comience por instaurar referentes sólidos. Y la solidez no es obtenible sólo por un lanzamiento espartano al servicio de los demás. Esto sería buscar un sustituto a la

¹⁰ Cruz, M. *Tiempo de subjetividad*, Buenos Aires, 1996.

¹¹ Anatrella, T. *Interminables adolescentes, les 12/30 ans*, París 1988; *El sexo olvidado*, Santander, 1990, 35, 43. 46.

formación humana básica que se debe tener en los años tempranos del sujeto, tan descuidados por la actual disolución de la familia y de la diferencia de generaciones. Si no se logró tenerla en esos años, la reconstrucción del sujeto tendrá que prestar atención a un proceso especial fuera de edad, pero deberá ser dedicado y específico y no por medio de una sustitución que más bien aplaza el problema para más tarde. Y lo normal será dotar adecuadamente a cada generación de la oportuna formación humana que requiere.

A esto se ha agregado la disolución de las formas de subjetividad social que aseguraban al sujeto individual referentes, estilos de vida, costumbres, relaciones e identidad. El desarraigo es consecuencia de la inexistencia de instituciones y formas de relación sólidas. La descomposición sobre todo de la política -como medio de organización de la sociedad al alcance de todos para participar y orientar los destinos de las naciones y el destino mundial- ha derivado en la ineficiencia para responder a las demandas de los ciudadanos del mundo. A más complejidad de la sociedad la política se hizo más retórica. Por ello ha sido reclamada una política "más cercana", más al alcance del ciudadano medio, y ese reclamo supone ya una desnaturalización de la política; estamos ante el ingreso del paternalismo en política y los ciudadanos pasan a dejar de ser libres para hacerse ciudadanos siervos¹². Estos están masivamente relacionados por los medios de la tecnopolítica, pero carente de todo poder. Una política más cercana y a la vez más lejana, menos participativa, más indirecta, más teledirigida.

La reconstrucción del sujeto social y político, por eso, es una tarea pendiente en el mundo de hoy y resultará producto de un avance en la calidad de los sujetos individuales. Esta reconstrucción de lo político es más larga de lo que se piensa, pasa definitivamente por la reconstrucción de sujetos sanos capaces de decisiones éticas y sacrificadas en aras del conjunto de la sociedad y eso estará tardando

¹² Capella, R. *Los ciudadanos siervos*, Madrid, 1993, p. 151ss.

todo el tiempo que demore una media social de personas sanas. El problema es claramente cultural.

De allí que la gran tarea de fin de milenio será "restañar heridas" y "enjuagar lágrimas" para reconstruir personas, las que sólo después de un largo período en que intentan salir al servicio social y generando una nueva cultura de vida, podrán forjar las bases de una nueva forma de hacer política. El rechazo a la política hoy se explica así. Y más vale aceptar el reto de la subjetividad personal, así la psique de cada persona sea "un barril sin fondo".

Respecto de estas dos crisis se abren dos enormes desafíos para la Iglesia. Por una parte una Iglesia que se dirija a sanar a la gente de sus heridas, consoladora, compañera infatigable del sufrimiento humano, resucitadora de la esperanza. Esto presupone también en el terreno social, con amplia repercusión política, el desarrollo por parte de la Iglesia de su capacidad para convocar "comer y beber"¹³, es decir, a compartir, a ser "Hogar de Cristo" -en la bella expresión del P. Hurtado-.

Así la Iglesia, que no tiene las soluciones, sí tiene el ímpetu y la fuerza del Espíritu para forjar hombres y mujeres capaces de inventar las soluciones, y es por sí misma creadora del espacio solidario que permite anunciar lo que después se impondrá por su propio peso en la sociedad. La Iglesia aparece así como el Pueblo de Dios generador de nuevos valores culturales cultivados en su seno, es decir, el ámbito de una experiencia mística suscitadora de creatividad para el compromiso por salvar al mundo.

El problema de hoy ya no se da entre fe y política sino entre fe y crisis de lo político. La Iglesia ha de plantear el problema del aporte de la fe cristiana a la reconstrucción de lo político según las nuevas

¹³ Es sintomático que para una época de crisis el libro del Qohelet insista tanto en esta expresión que luego será punto central de la fuerza convocadora de Jesús y signo que sella definitivamente su entrega en la cruz.

exigencias de un mundo globalizado y en crisis. Pero aquí el aporte de la Iglesia de reconstruir sujetos personales para generar estructuras políticas respetables está más claro que nunca antes. Por más que sea urgente que se cambien las estructuras injustas de la exclusión, estos cambios no se podrán dar sin sujetos responsables y maduros que los conduzcan, y la humanidad doliente de nuestros días no está en condiciones de asumir tal carga a menos que se desarrolle una capacidad de soporte, creatividad y vitalidad sobrehumana.

El mundo que tenemos produce no sólo crisis de sentido en la vida de los sujetos. Esto es reducir el problema actual al ya viejo y conocido problema de la sociedad moderna que generó el existencialismo de inicios de siglo: el vacío y la incomunicación. En relación a lo que vivimos hoy, aquél es un simple juego de niños. Hoy el problema es la real y definitiva aniquilación del sujeto, no sólo por falta de sentido sino por desaparición real del sujeto humano, de la conciencia, de la estructura personal. La muerte del sujeto humano y de la naturaleza, y la posibilidad de desaparición del género humano es la cuestión central. No la falta del sentido de la vida sino la falta de vida o, mejor, la destrucción progresiva o catastrófica de la vida¹⁴.

La Iglesia está llamada a aportar con lo más propio de su fe en Jesucristo: la resurrección. Esto es particularmente importante en los jóvenes de hoy. A los jóvenes en una época de similar deterioro, como la de inicios del primer milenio, Jesús los convocó anunciándoles: "Joven, a ti te digo, levántate", mensaje resurreccional en un mundo de muerte. El mundo de hoy plantea el extremo de la muerte como realidad diaria y como sentido, y por esa misma razón se emparenta con los vaticinios apocalípticos de aquella época. Como Iglesia también habremos de comprender la forma apocalíptica en que la gente común

¹⁴ Lacroix, M. o. c. p. 14.

interpreta su existencia para desentrañar su significado y conducirla a la esperanza como lo hizo Jesús¹⁵.

En el fondo es la muerte lo que se cierne detrás de la expresión "light": porque ¿qué es un café sin cafeína, o un tabaco sin nicotina?, simplemente es una realidad sin identidad, sin ser propio, es un "mundo sin corazón", un mundo muerto, sin alma.

Crisis cultural

Como vemos el desafío de estos tres últimos aspectos envuelve una situación de crisis más vasta y total, una crisis cultural de grandes dimensiones. La clave de ella parece estar en los valores vigentes hoy, pero tiene sus antecedentes en la ineficiencia de algunos métodos y sistemas que intentaron plasmar el valor primordial de la solidaridad. Es justamente crisis porque se sabe que por el lado de la solidaridad hay dificultades de encontrar salidas eficaces. El individualismo liberal como ideología se mostró más abierto a múltiples mixturas, más democrático que las salidas que enarbolaron la solidaridad como su principio. No es que este individualismo solucione definitivamente los problemas de la humanidad, al contrario, está demostrando su traslado de la crisis a niveles mucho mayores, pero ha logrado capturar el sentido común, dejando el buen y moral sentido para las élites cultivadas del humanismo moderno. Y esto es grave.

Mientras esto ocurre nuevos elementos fundantes pretenden dar base al individualismo narcista que sustenta la vigencia de la muerte

¹⁵ Un tema evadido en teología ha sido el de la apocalíptica, quizás por la complicación de la religiosidad popular; Jesús no lo evadió, lo asumió y le dio una orientación desde su testimonio. Es hasta hoy un tema pendiente y será cada vez más acuciante. Cfr. Schmithals, W. *La apocalíptica, introducción e interpretación*, Bilbao 1994 p. 181ss.

como principio cultural. La llamada "terza cultura"¹⁶ que absolutiza la ciencia y la tecnología como religión del nuevo tiempo desarrolla una difusión amplia de expectativas que, por una parte, producen confianza en sus logros pero por otra ocasionan incertidumbre en sus alcances. Estamos ante el aparecer de la primera capa intelectual a nivel de todo el planeta que carece de tradición, que afirma verdades desde sus experimentos propios, desde experiencias de todo tipo, y que establece la arbitrariedad como principio de afirmación y de existencia. Asistimos a proyectos de nuevas gnosis.

Una cultura constituida por el narciso que da vueltas sobre sí mismo sin afirmar nada fundado, que rechaza la razón, y la cambia por el irracionalismo, el espiritualismo esotérico y la fe en la ciencia y la tecnología, requiere de una consideración suficiente que distinga la falacia del razonamiento serio.

Pero esta tendencia a la muerte desata una insaciable sed de buscar todo a la vez, y por ello abre un amplio espacio para la creatividad y la invención, donde el enemigo es otra vez la falacia de los griegos y donde un espíritu socrático se hace necesario, capaz de acompañar en la orientación hacia la verdad.

Todo pensamiento débil y las diversas formas de pensar científico y religioso que se han desatado en los últimos años requieren de un seguimiento y de un discernimiento desde dentro, tarea trabajosa y compleja. Ireneo de Lyon en el tiempo de las especulaciones gnósticas se dio el trabajo de desmontar sus supuestos pero con previa comprensión interna. La Iglesia hoy no puede dejar de desarrollar esta misión de esclarecimiento a la luz de la revelación y es indispensable que aborde los problemas de los que estas teorías son simple síntoma.

¹⁶ AAVV. *La terza cultura, oltre la rivoluzione scientifica*, Milano 1995. Ruiz de la Peña, J.L. *Crisis y apología de la fe, Evangelio y nuevo milenio*, Santander 1995, p. 115-154.

En efecto, las actuales tendencias culturales obedecen al surgimiento de una sociedad que para existir se está basando cada vez más sobre el recurso del conocimiento y no sólo sobre otros recursos naturales. De esta manera no estamos ante una crisis cultural sin base real, sino que obedece a que se han quebrado las bases de un mundo fundado en la necesidad y los condicionamientos naturales. El mundo de hoy se basa en el factor libertad de creación e innovación, y de allí obtiene sus recursos de vida. ¿Cómo es una religión en ese contexto? Las mixturas extrañas que están de moda son variantes de una búsqueda.

Crisis de la religión: vigencia novedosa de una dimensión nunca olvidada

Finalmente el desafío de la situación actual a la Iglesia se hace más grande y a la vez más interesante con la repropuesta de la religión.

Por una parte presenta la religión características de auge y por otra de crisis. En efecto, está en un auge porque cada vez mayores capas de la población del mundo entran en un estado de apertura e involucramiento en experiencias religiosas cada vez más intensas. Las tesis de la secularización cayeron una tras otra y se ha abierto un período de redespertar religioso que quizás no se ha conocido en el pasado. Desde luego que la religión nunca desapareció del espacio humano, y que las tesis secularizadoras en realidad no abarcaron la complejidad de la experiencia humana; sin embargo, este redespertar religioso no es como si se tratara de una vuelta a lo religioso perdido. No lo es porque el ser humano nunca dejó de ser religioso, pero también porque hoy se trata de algo bastante nuevo y no de un simple regreso.

En verdad, se trata de un replanteamiento de lo religioso bajo formas tan sui géneris que podríamos hablar de una crisis. Por una parte se ha acentuado el individualismo narcisista que considera la religión un mundo de sensaciones al servicio de la paz interior y del

sentirse bien. Por otra parte se procede a mixturas religiosas muy variadas (nuevos sincretismos) donde ya no preocupa pertenecer a un grupo o secta sino el desarrollar la experiencia de acuerdo con lo que la persona sienta, de modo que puede haber tantas religiones como personas hay. Además existe una tendencia a relacionar esas experiencias con cultos a diversos aspectos como son la salud, la belleza, el estado físico, la ecología, el esoterismo, etc.

La religión sería un medio para encontrar identidad gracias a un misticismo espiritual y cósmico donde la institución, la autoridad y la tradición no interesan, donde la comunidad es un útero materno que sana. La superstición, la magia, el misterio reaparecen. La reflexión es mínima, la pasividad y búsqueda de salvación por medio del placer gratuito e intenso es clave. Incluso el cristianismo comienza a ser vivido sin Jesús y la religión en general sin razón y con mucho sentimiento.

De manera que la preocupación de las iglesias durante los 80 por la emergencia de las sectas hoy se ha agudizado, porque se trata de una religión del individuo aislado que inventa sincretismos religiosos y quiebra la unidad religiosa del grupo o la secta, mucho más de las iglesias.

Esto ha sido interpretado de diversas maneras. Mientras Mardones plantea que este desafío es una nueva sensibilidad religiosa que se acerca y que exigirá modificaciones al cristianismo acentuando sus aspectos místicos¹⁷, Mariano Corbi sostiene que este tipo de misticismo es el anuncio de una actitud gratuita en religión, propia de la sociedad dinámica que comenzamos a vivir, y desligada de la necesidad propia de las sociedades estáticas¹⁸; en confluencia y diferencia con ellos dos Sakaiya¹⁹ entiende este fenómeno como el

¹⁷ O. c. p. 203ss.

¹⁸ Corbi, M. *Religión sin religión*, Madrid 1996, p. 80ss.

¹⁹ O. C. p. 161-203.

anuncio de una época en que cambian los referentes de valor de meramente materiales a espirituales ("el nacimiento de una cultura antimaterialista"), anunciando un medioevo de alta tecnología²⁰. Los tres analistas de la religión coinciden en que el modo como se ha vivido lo religioso hasta hoy está en cuestión y que las bases del modo de vivencia religiosa, incluido el más moderno de la militancia cristiana liberadora pasará por una seria exigencia: la de una religión que se libere cada vez más de los lazos con la necesidad y con el poder, y pase a ser estrictamente gratuidad.

La Iglesia está hondamente desafiada por eso, ya que el mundo que se genera es de movimiento constante y de dinamicidad creativa sin límites, producto de responsabilidad humana. La religión si existe es porque se da en el terreno de lo "inútil", y, con ello está despojada de lazos de poder, de necesidad, de temor. Una religión así es como dice Mariano Corbi una "religión sin religión". Es decir una experiencia mística más propia de una época de escasez y de exigencia de creatividad para sobrevivir que de aceptación absoluta de la fatalidad cósmica.

No hay que creer por tanto que esta retoma de lo religioso es un motivo para regresar al pasado sino un desafío para renovar el cristianismo desde sus bases más íntimas, haciéndolo evolucionar dando respuesta a los interrogantes de una autonomía humana convertida en absoluta, no volviendo a predicar el miedo y la resignación, ni el sometimiento y la acriticidad, sino propiciando el encuentro de la gratuidad mas generosa conocida en la historia, Jesucristo solidario con la humanidad, revelador del rostro amante del Padre, suscitador de la resurrección de los seres humanos mediante el Espíritu. Una fe que invita a la creación permanente, desde la reconstitución de las personas en sus vidas y en su calidad personal. Una iglesia para vivir.

²⁰ Id. p. 157.

II. Desafíos para el interior de la Iglesia: hacia una Iglesia para vivir²¹

“Los gozos y las esperanzas, las fatigas y sufrimientos de los hombres de nuestro tiempo son las fatigas y los gozos de la Iglesia”, rezaba el Vaticano II²². Hemos visto los desafíos, pero esto supone continuar avanzando en la vida interna de la Iglesia, en la comunión que se pone al servicio de la misión. Señalaremos algunos criterios de vida eclesial que los desafíos parecen reclamar.

Espiritualidad

La Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios convocado por el Espíritu Santo. Por eso ella opera sólo si el espíritu inunda todas sus personas e instituciones. Y este Espíritu es el Espíritu de Jesús que nos dirige hacia el Padre y a la solidaridad con los hermanos.

Los tiempos invitan a una mayor espiritualidad y misticismo, pero los cristianos creemos que el Espíritu es el mismo Espíritu de Jesús. Por eso se trata de una espiritualidad encarnada profundamente en la historia de los seres humanos. La insistencia en la espiritualidad en los últimos tiempos no ha tenido suficientemente en cuenta la originalidad y amplitud de la espiritualidad de Jesús, que viviendo de cara al Padre resplandece por su compromiso con el drama de la humanidad, santificándola desde la potenciación de lo mejor de lo humano.

Un cristianismo dinámico basado en el discernimiento de las situaciones y los desafíos, suscitador de creatividad de respuestas, ante circunstancias no antes conocidas.

²¹ Expresión del P. Severino Dianich en un pequeño opúsculo de introducción a la vida de la Iglesia: *Una Chiesa per vivere*, Torino, 1990.

²² GS. 1.

Una renovación de la experiencia cristiana requiere superar una actitud conservadora, pero sí asirse a una actitud profundamente tradicional. Aquella que trasmite la experiencia original de Jesús en circunstancias nuevas, intentando la fidelidad a su Espíritu en la renovación de las formas. Nada exime de la reflexividad, es decir, del esfuerzo por reentender la fe en circunstancias concretas. La formulación de modelos cristianos para épocas pasadas fue un gran esfuerzo de creatividad; por esa misma razón, salvo aquellas formas que directamente expresan a Jesús, es preciso evolucionar hacia formas renovadas dentro de las exigencias de una sociedad dinámica. Mucho más si estas sociedades corren tan rápidamente que de la innovación dependerá la existencia futura de la humanidad.

Desde luego se trata de una espiritualidad que no cede ante el adelgazamiento de la sociedad que todo lo hace *light*, ni tampoco sucumbe ante el miedo a los cambios para parapetarse en las torres de marfil de otros tiempos. En un mundo de muerte, sin salida, con murallas infranqueables, el cristiano sabe que las murallas de la muerte se pueden atravesar con fe, su mística confianza en el Padre lo hace desplazarse confiado de un lado a otro de un mundo en donde todos desconfían de todos, comprende el abandono en que entra el sujeto cuando ve desafíos tan grandes, y acompaña enseñando a atravesar los espacios, acomuna en el sobrevivir mediante la solidaridad, llena de ánimos para aguantar, y en el momento oportuno decide ir a Jerusalén, abriendo todos los espacios cerrados por la muerte. Como dice la famosa carta a Diogneto, "lo que es el alma en el cuerpo, así son los cristianos en el mundo". Somos pues el alma de este mundo sin alma somos la sal de esta tierra, la luz de este mundo por nuestra solidaridad de amor derivada del Espíritu de Jesús.

Universalidad-Misionalidad

La sensación de que tenemos un mundo por salvar no está ausente de los cristianos en general, y menos en esta situación donde

las grandezas de los avances van aparejadas con grandes incertidumbres. Pero salvar al mundo no es imponer la salvación, es proponer la maravillosa novedad de la gratuidad y esperanza evangélica. La universalidad nos sitúa sobre todo como "Iglesia en Misión"²³.

Este tiempo presupone una actitud de apertura y comprensión de las cosas interesantes que este mundo posee como la que tuvieron los primeros cristianos a partir de la resurrección de Jesús. El mundo a evangelizar es un mundo fascinante porque en él Dios se reserva un resto no son sólo los cristianos sino tantos justos, buscadores de verdad y humanidad, a quienes es preciso encontrar para que el mundo acoja la salvación y se salve.

La apertura universal ha sido un norte que guió a la primera Iglesia hacia todos los pueblos, reconociendo en ellos "todo lo verdadero, noble, justo, limpio, todo lo que es fraternal y hermoso; todos los valores morales que merecen alabanza" (Fil 4, 8) y que puedan empalmar con el evangelio.

Esta apertura universal tiene un evangelio que proponer, el evangelio de la Palabra de Vida en un mundo de muerte. De allí la centralidad de Jesús en el anuncio, y especialmente de la dimensión histórica y humana de su divinidad. Ella requiere a su vez de una lectura de la Biblia que se sitúe culturalmente, mediante el discernimiento vivo de los aspectos culturales que se acercan a Jesús. Esta nueva evangelización inculturada presupone que cuanto más se reconoce a Jesús situado en sus coordenadas concretas, más se suscita la apertura a culturas que con otras categorías pueden vivir encarnadamente su Espíritu.

Con este criterio universal también se nos incentiva a llegar a todas las personas diversificados en culturas, en grupos, en categorías,

²³ Dianich, S. *Iglesia en Misión*, Salamanca, 1993.

estratos, clases sociales y mundos. Sabiendo anunciar la buena noticia teniendo en cuenta la diversidad de circunstancias, manteniendo el mismo anuncio con pedagogías diferentes.

El criterio de universalidad supone un criterio de diversificación tanto en las formas de anunciar como en las formas de construir la Iglesia. Hoy se habla de una Iglesia constitutivamente pluriforme, y ella nos llama a una actitud creativa en las distintas formas que esta iglesia universal ha de tener, para ser Iglesia de todos.

Ello pasa también por la preferencia. Mucho más si la mayoría de la humanidad es excluida y pobre. Hoy más que nunca la universalidad reclama la preferencia hacia los últimos de este mundo como sujetos de Iglesia.

*Localidad*²⁴

Pero la universalidad se da en la localidad. La Iglesia universal no es una Iglesia global. Es más bien la imagen que permite la constitución de las Iglesias locales "en las cuales y a base de las cuales se constituye la Iglesia Católica, una y única" (LG 23). De tal manera que la Iglesia universal es una comunión de Iglesias locales, particulares, diocesanas. Destacar la diocesaneidad presupone una atención especial por parte de la Iglesia a la manera específica como cada ser humano vive su fe, especialmente en su cultura.

La época nos convoca a una evangelización inculturada, y el agente evangelizador central es aquel que pueda comprender y seguirá a los pueblos en su proceso de diversificación en medio de una galopante globalización. En efecto, para evangelizar las culturas no será adecuada una enseñanza homogenizante y homologante, *standard*, como hace la globalización que comunica destruyendo las

²⁴ Tillard, J. M., *L'Eglise locale*, Paris, 1995.

particularidades. La Iglesia local es centro de anuncio evangelizador inculturado y es la punta de lanza de toda la Nueva Evangelización.

Por ello su fortalecimiento es capital, fortalecimiento de los obispos y los presbiterios diocesanos, así como movimientos laicales diocesanos, como los agentes pastorales que conocen su localidad particular para hacer al evangelio universal relevante en sus historias concretas. La significatividad y relevancia de Jesús para cada pueblo está en juego. Abandonar este criterio es dejarse llevar por corrientes de moda globalizadora que pueden despreciar el aporte de cada pueblo a la acogida del evangelio. De allí que la *Tertio Millennio Adveniente* subraye este rol de las Iglesias particulares en la tarea que viene hacia el futuro (Nro. 20, 25, 55)²⁵.

Comunión y Unidad

La *Koinonía* o comunión es la actitud reguladora de las relaciones intraeclesiales a imagen de la Trinidad. Vivida con intensidad en la primera Iglesia es hoy motivo de búsqueda de nuevas formas para afianzarla.

Una de ellas ha sido la constitución de "comunidad" y "comunidades", expresión de esta época, no presente -estrictamente hablando- en el Nuevo Testamento²⁶. La forma comunitaria para la vida eclesial del futuro es una exigencia epocal, y manifiesta la respuesta más a la mano que reclama una humanidad sola y desamparada. La diversificación de la iglesia en comunidades, y el llamar a la iglesia hoy "comunidad" deriva de esta exigencia de los tiempos.

²⁵ Véase Kasper, W. "El gran jubileo del año 2000 en las Iglesias locales", en *Tertio Millennio Adveniente, comentario teológico pastoral*, Salamanca 1996.

²⁶ Dianich, S. *Eclesiologia*, Torino, 1993, p. 188: "Comunità, questo termine oggi tanto amato e così frequentemente adoperato, è assente dal Nuovo Testamento. C'è *Koinonía*, che dice comunione, e c'è *ekklesia*, che i romani hanno latinizzato, invece di tradurlo, in *ecclesia*".

Sin embargo el horizonte de la salvación exige entender las cosas no sólo según lo piden los tiempos sino según el Plan de Salvación de Dios quién quiso salvarnos como Pueblo de Dios (el término *Qahal Yahveh* es traducido al griego en la septuaginta por *Ekklesia tou Zéu* y aceptado así por los primeros cristianos para reconocerse a sí mismos).

La forma de la comunidad por tanto se realiza en base a la Iglesia (Pueblo de Dios) y no viceversa. De allí que la intencionalidad de Dios es congregar a un pueblo, no a un pequeño grupo cerrado. Quizás es ésta la singularidad mas grande del cristianismo, no ser una religión de élite sino de pueblo.

Los tiempos exigen una Iglesia más comunidad para pedagógicamente albergar más personalmente a cada uno y reconstituirlo, pero en la perspectiva de formar un único pueblo con un único Pastor. Y esto supone una perspectiva que constituye a la Iglesia en defensora de la diversidad de pueblos para insertar sus riquezas en el torrente amplio de la humanidad. Su constitución como Iglesia de cada pueblo en cada cultura es por ello asunto central de la salvación y no un aspecto secundario. Mal puede la iglesia ser el mensaje de salvación a individuos cuando no hace nada por ayudarlos a entenderse e insertarse en una historia común en donde la personalidad puede realizarse y florecer humanamente. Mal puede ser el espacio inmediato de la comunidad la única aspiración para el desarrollo del individuo, prescindiendo del pueblo del que forma parte y dejado en el olvido para ser protegido en un receptáculo casi uterino. Si la comunidad tiene valor es como lugar de reconstrucción y regeneración para salir a reconstruir el pueblo y hacer de él Pueblo de Dios. La iglesia por eso asume la comunidad por razones pedagógicas, de tal manera que la inserta en el más amplio Pueblo de Dios que constituye la base para la salvación de la humanidad.

Además comunión significa comunión de Iglesias locales, y comunión jerárquica en la unidad con la sede primada, lo que en una

época de diseminación permite a la Iglesia aportar a la reconstrucción de la unidad en un mundo tan plural.

Laicidad

Una época como la actual llama a la mayor responsabilidad laical en la misión evangelizadora. El protagonismo de los laicos tan subrayado en Santo Domingo adquiere características especiales en este tiempo. Por una parte un protagonismo y por otra un protagonismo eclesial sin ser clerical.

Esto ha sido entendido de varias maneras en nuestra realidad actual, dado el fecundo florecimiento de movimientos laicales. Es una realidad de la que debemos felicitarnos. Pero hay que felicitarse mucho más del florecimiento de laicos no asociados que constituyen la base del testimonio de la iglesia en múltiples medios y que son la gran mayoría de los cristianos, junto a los cuales están los laicos que hacen las iglesias locales (parroquiales y diocesanas) todos los días, y sin los cuales no podría avanzar el camino y la misión.

De allí que una manera, quizás la más propia a la Nueva Evangelización, es entender el protagonismo como afianzamiento y solidez del laicado de base en el mundo y en la iglesia a través de la constitución efectiva de un sector de movimientos y asociaciones poco atendido y entendido en la iglesia: el sector de los movimientos públicos, y con ellos de la Acción Católica. Sobre esto ha hablado Santo Domingo y últimamente el XIX Sínodo de Lima.

Una exigencia prioritaria para la Iglesia en este tránsito de milenio es la de estar al alcance de las más mínima experiencia humana, sólo abordable desde las Iglesias locales que comprenden laicos en todos los niveles y formas. Se trata de afianzar y dar protagonismos a estos laicos que son la gran mayoría. Las asociaciones privadas, que últimamente han tenido gravitación, no pueden abarcar la vastedad de la misión de la iglesia que los laicos de base, que son millones, pueden

abarcar. El desafío está en generar un aprendizaje y formación adecuados a los más. Pueblo evangelizador, sacerdotal, es lo que quiere el Señor. Habremos de inventar modos de convertir en sujetos a todos los creyentes. Los movimientos públicos en ello han mostrado en otras épocas su eficiencia; en la actual, si no la han mostrado, ha sido porque el acento se puso en otra parte. Hoy los Pastores necesitan contar con movimientos propios que aseguren la unidad de la acción pastoral en todos los terrenos y así llegar a todos.

Solidaridad y Pobreza

Finalmente una Iglesia en tiempos de exclusión es una Iglesia solidaria, donde los pobres tienen el primer lugar y se practica la solidaridad interna como signos de salvación para la humanidad. Ello implica un contundente testimonio de pobreza, despojado de las ambiciones de un mundo que vertiginosamente camina sumando réditos. La iglesia hace de la predilección por los pobres el centro de su vida porque en ellos se revela el rostro de Jesús.

Una Iglesia solidaria se sitúa así como promotora de esperanza en un mundo donde se constituye la vida sobre la base de la innovación y competencia permanente. Incentiva en este mundo las formas nuevas de la solidaridad, que van desde los actos asistenciales más nimios hasta el cambio de las estructuras de pecado. Es por eso evangelizadora del mundo económico, inspirando principios solidarios en la empresa y en los modos de generar recursos. No se paraliza buscando sólo un cambio de estructuras que vendrá algún día, ni deja de decir su voz profética para denunciar injusticias, sino que combina los diversos aspectos de denuncia y anuncio procurando entrar en todos los niveles de decisión voluntaria hasta crear costumbres en el mundo que lo hagan solidario.

El último documento del Pontificio Consejo *Cor Unum* tiene justamente la genialidad de ser una inspiración para incidir desde la fe en un mundo como el actual para regenerarlo desde la solidaridad.

Esta Iglesia sin duda da testimonio de la pobreza siendo ella pobre. Haciendo que las grandes cosas vengan por obra de la gracia de Dios y en base al testimonio de la humildad y sencillez de Jesús. La pobreza que es muerte para los pobres, siendo solidaria puede convertirse en fuente de vida y esperanza, porque invita a compartir a todos, hasta alcanzar incluso a los grandes de este mundo. Una Iglesia así promueve las formas sociales y políticas de conversión, que van más allá de la esfera individual, pero que parten de decisiones personales solidarias.

Conclusión

En esta apretada síntesis de criterios que los cristianos estamos llamados a aplicar, destaca algo que es propio de los desafíos de estos tiempos: la Iglesia está llamada a tomar la forma de una Iglesia para vivir. Esta expresión resume el anhelo de los seres humanos de hoy y la nota más precisa de la Iglesia nacida del Espíritu del resucitado. En tiempos de muerte nos toca anunciar la Palabra de vida y la Iglesia desde la que anunciamos es una Iglesia que regenera, recrea, sana, da vida, levanta de la muerte. Que estas primeras notas ayuden a una reflexión que ha de continuar.

[Tomado de "Páginas" CHILE, 145(junio 1997), pp. 26-42]